La poesía como rutina comunicativa: la metáfora en nuestro día a día

Juan Manuel Real Espinosa
Instituto Cervantes de Porto Alegre

Puede producir una cierta extrañeza inicial que, en un simposio dedicado a la poesía en lengua española, se traten aspectos del habla cotidiana. Pero esa extrañeza solo debe ser, efectivamente, inicial. La línea que separa lo que, en un ejercicio de simplificación, podemos calificar *de lenguaje común del lenguaje poético*, no son, desde luego, aspectos formales. Es frecuente recurrir a definir una noción abstracta a partir de la enumeración de los ítems que la componen, aunque el procedimiento en sí mismo sea contraproducente, especialmente a efectos epistemológicos. Así, por ejemplo, se pueden leer definiciones del surrealismo poético español en función del empleo que dicha corriente hace de la metáfora (García Gallego, 1991). Digamos que dada la carencia casi total de técnicas de creación poética irracional o automática, el empleo de la metáfora se convierte en el único eje que parece vertebrar el sui géneris Surrealismo español. Lo llamativo de todo esto, y que vamos a analizar aquí, es que si aceptamos la tesis de García Gallego tal y como aparece formulada en su ensayo, todos los hablantes de español deberían ser considerados poetas del Surrealismo español: el empleo de la metáfora –y de otros recursos estilísticos– en nuestro hablar cotidiano es tal que, en realidad, la línea divisoria entre lenguaje poético y cotidiano debería tal vez ser establecida más en función de los fines de la expresión que de sus medios.

En los últimos 30 años hemos asistido a un cambio radical en la concepción de la metáfora, que ha pasado de ser considerada poco más que una figura retórica, a ser vista como un instrumento cognitivo (Reddy, 1979; Lakoff *et al.*, 1980; Fauconnier et al. 1994, 1998). Esto quiere decir que no solo tiene un papel fundamental en la comunicación cotidiana sino que, además, nuestro sistema conceptual, el que nos permite pensar y actuar, es fundamentalmente metafórico: conceptualizamos parcelas de la realidad tal y como la percibimos, gracias a metáforas basadas en otras parcelas. En palabras de Steen *et al.* (1999:2):

> «[...] The committee has kept me in the dark about this matter.
>
> Language and conceptual structure from the 'source' domain of vision is used to depict a situation in the 'target' domain of knowledge and understanding. Particular elements of the source and target domains are picked out through a combination of the source language used (''in the *dark*'') and the relevant conceptual metaphor, a ''mapping'' –presumably stored as a knowledge structure in long-term memory– which tells us how elements in the two domains line up with each other. In this metaphor, knowledge structures

> which concern seeing have been put into correspondence with structures concerning knowledge and awareness. Because the mapping is principled, ignorance is associated with darkness as well as other conditions which preclude sight. In fact, thanks to the general mapping between visual perception and intellectual activity, nearly any concept related to the experience of vision is likely to have a clear counterpart in the realm of knowledge and ideas. We easily understand a novel sentence like ''You'd need an electron microscope to find the point of this article'' –and the conceptual metaphor is the mechanism by which we interpret such references.»

En este fragmento, los autores se refieren a la Teoría de la Metáfora Conceptual (TMC) tal y como la enunciaron Lakoff y Johnson (1980), para después compararla con otra teoría algo más reciente, la Teoría del *Blending,* que reformula algunos aspectos de la teoría inicial. En cualquier caso y para los propósitos del presente trabajo, podemos partir de cualquiera de ambas teorías sin mayores consecuencias de cara a las conclusiones finales, por lo que bastará con la referencia anterior a la TMC.

Cuando se habla de metáfora en términos cognitivos, es frecuente hacer referencia a metáforas que actúan en un nivel léxico-semántico, como ocurre en el ejemplo que acabamos de ver:

(1) *The committee has kept me in the dark about this matter.*

Como puede observarse, la metáfora genera lo que podríamos llamar una unidad fraseológica, más concretamente, una *colocación:* «dejar a alguien a oscuras» es una combinación de palabras frecuente, cuyo significado puede deducirse con facilidad del significado de sistema de las palabras que la componen. ¿Son las colocaciones construcciones metafóricas? Podríamos decir que algo, o mucho, hay de ello en el asunto. Efectivamente, si alguien puede llegar a comprender una expresión de ese tipo sin haberla oído nunca antes, es, precisamente, por la naturaleza metafórica del lenguaje hablado humano, independientemente de la lengua en cuestión. Pero lo que nos va a ocupar en este trabajo no son tanto las metáforas que afectan a un nivel léxico y que dan lugar a unidades fraseológicas, sino otros tipos de asociaciones frecuentes o estables de palabras, asociaciones basadas de igual manera en principios metafóricos, pero que se asocian más bien al nivel morfosintáctico: estamos hablando de las perífrasis. Tradicionalmente, se han considerado elementos plenamente gramaticales, y cuando se habla de ellas, no es frecuente hallar ninguna reflexión acerca de cómo se formaron. En realidad, las perífrasis pertenecen más al nivel léxico que al morfosintáctico, como veremos a continuación, lo cual no es óbice para admitir que, unas más que otras, tienen también un cierto grado de participación en la expresión de significado gramatical.

Siempre que se habla de perífrasis, se suele comenzar por hablar de los criterios para decidir qué es perífrasis. Tradicionalmente, se ha considerado que la perífrasis, para serlo, tenía que cumplir una serie de requisitos, entre los que se hallaba, de forma más o menos constante, la idea de la desemantización del verbo auxiliar:

> «Definiciones.- a) Cuando un verbo forma parte de determinadas perífrasis o sintagmas fijos que pueden afectar a todas las formas de su conjugación, se producen en el significado del verbo ciertos matices o alteraciones expresivas. Damos a estos sintagmas el nombre de perífrasis […].»
>
> «Verbos auxiliares.- Decimos que un verbo desempeña la función de auxiliar cuando, al encabezar una perífrasis verbal, pierde total o parcialmente su significado propio. Si decimos *Voy a contestar esta carta*, el verbo ir es auxiliar, porque no conserva su acepción de movimiento de un lugar a otro, como no la conservan tampoco los verbos *andar* y *venir* en las expresiones *andaba mirando las láminas de un libro, venía sospechando de este hombre*. Asimismo, *deber* se ha vaciado de su sentido obligativo para cumplir el papel auxiliar en la frase *Deben de ser las diez*, y el verbo *tener* se ha despojado de toda significación posesiva en *Se lo tengo rogado*. Como todos estos verbos (con la excepción de *haber*) conservan en la lengua moderna su significado propio, habrá que decidir, en cada oración donde aparezca una de tales perífrasis, si su significación ha desaparecido u oscurecido en grado suficiente para estimarlos.» RAE (2006:444-445).

Desde nuestro punto de vista, aceptar esta propuesta crea en primer lugar **problemas evidentes** y, en segundo lugar, **problemas innecesarios**. Pero vayamos por partes. ¿Evidentes por qué? Porque resulta muy difícil definir cuál es el significado propio de un verbo, como puede comprobarse con solo echar un vistazo al *DRAE:* para el verbo *ser* se proponen hasta dieciséis significados. Para *estar*, dieciocho. Para el verbo *haber,* once. Veinticuatro significados para el verbo *tener*; para el verbo *venir*, veintisiete. Treinta y ocho para el verbo *ir*, y así podríamos continuar, ampliando la nómina de verbos que frecuentemente actúan como auxiliares perifrásticos, y para los que se proponen largas y minuciosas listas de significados. Entonces, la pregunta sería: ¿cuál de esos significados es el que ha de ser considerado *significado propio?* Evidentemente, debe haberlo; toda palabra ha de tener un significado de sistema, un sentido primigenio, que permita la posterior extensión semántica del término, pero el *DRAE* no llega a definirlo. Entonces: ¿cómo la Real Academia puede definir una perífrasis según el principio expuesto en el esbozo, sin haber llegado nunca a definir el paso previo necesario, este *significado propio* del verbo?

El contrasentido es claro, y llegados a este punto, ¿cómo se ha vadeado la dificultad? De una manera muy simple: creando un vacío de definición, que se completa con lo que cada autor, de manera más o menos intuitiva, cree que es ese *significado propio*. Normalmente, se identifica *significado propio* con significado *más frecuente*, o *significado literal:* así, *tener* expresaría la posesión de un objeto, y *andar* expresaría desplazarse caminando. Este criterio, el de igualar significado de sistema a significado más frecuente, literal o simplemente pedestre, como cualquier otro criterio que sea apriorístico y arbitrario, es ineficaz en lingüística, al carecer de una base objetiva o científica que lo justifique.

¿E innecesarios por qué? Porque la existencia de las perífrasis no depende, claro está, de que alguno de sus verbos pierda significado o no. De hecho, lo llamativo

de una asociación verbal no es la pérdida de significado de uno de los elementos, sino justo lo contrario: el significado global de la construcción. Dicho de otra manera, el hecho de que dos verbos se asocien para generar una unidad de significado distinta al de esos dos verbos por separado, es criterio más que suficiente para constatar la existencia de una perífrasis. Además, si podemos admitir que el verbo *andar* posee hasta diecinueve significados[13], no parece muy justificado argüir que en expresiones del tipo *«anda pensándolo»* o *«anda saliendo mucho»* el verbo *andar* haya perdido su significado propio, ni en mayor ni en menor grado, o que no lo haya hecho más que en las acepciones 8, 9 o 12 que nos ofrece el *DRAE* para el verbo *andar*.

Desde nuestra perspectiva, al significado primigenio del verbo (fuera este el que fuese), se van añadiendo, con el pasar de los siglos, nuevos matices de significado que quedan incorporados (algunas veces ya de manera permanente) a su espectro significativo, conformándose así el significado global del término. Y ese proceso de ampliación semántica tiene mucho que ver con la asociación metafórica. Por ejemplo, la noción *andar* es concebible como un proceso en desarrollo. Entre las nociones de *salida* y *llegada* media la noción *andar*, lo que explica que la perífrasis *«andar pensando algo»* se interprete como un punto intermedio entre las circunstancias de *partida* de un razonamiento, y la *llegada* o conclusión final. Además, *andar* es especialmente adecuado para evocar una cierta lentitud, y una cierta dificultad en el proceso, mucho más que *ir* o *correr*, por ejemplo. La metáfora consiste en evocar la imagen de alguien que medita con calma una cuestión, a través de la noción de desplazamiento a pie entre dos puntos, el de salida y el de llegada.

Pero, ¿tiene este proceso metafórico algo que ver, de manera exclusiva, con la perífrasis? La respuesta es no: se trata de un proceso de ampliación del significado verbal, sobre el que, en términos generales, se puede decir que da exactamente igual que se constate en el verbo *andar* asociado a un gerundio o en el verbo *andar* asociado a un adjetivo, pongamos por caso:

Anda criticando.
Anda nervioso.

Además, es fácil inferir que este proceso de ampliación semántica mediante una asociación metafórica permitirá expresar un gran abanico de matices significativos sin necesidad de ampliar el catálogo léxico de una lengua, lo que explica que sea un procedimiento tan frecuente de producción de significado, en cualquier lengua.

[13] Algunos de esos diecinueve tan alejados de su significado literal como los que siguen: (8) «Obrar, proceder. *Andar sin recelo*», (9) «Reñir a golpes o sirviéndose de ciertas armas. *Andar a cachetes*» o (12) «Pretender insistentemente algo. *Anda TRAS un premio literario*». *DRAE* [en línea]. Fecha de consulta 16 .09.2009. Documento disponible en la web: <http://buscon.rae.es/draeI/SrvltConsulta?TIPO_BUS=3&LEMA=ser>.

Es llamativo constatar en la perífrasis que el significado expresado por el verbo auxiliar, plenamente justificado en el marco del significado global de ese verbo, concuerda con el significado de sistema de la forma nominal del verbo en que aparece el verbo auxiliado. Consideremos el siguiente ejemplo:

Anda pensando en cambiar de trabajo.

La idea de proceso en pleno desarrollo, comenzado pero aún por concluir, (evocado mediante la noción *andar)*, es plenamente solidario con el valor de significado del gerundio, que presenta el proceso de tensión-distensión verbal en su punto intermedio, el tiempo *in fieri* de Guillaume (1965). En resumidas cuentas, el sentido metafórico asociable al proceso *andar* es solidario, significativamente, con el de *acción en desarrollo,* propio del significado de sistema del gerundio.

Esa solidaridad significativa entre los elementos de la perífrasis se da en cualquier otro caso, como –por otro lado– es lógico. Supongamos el siguiente ejemplo:

Va a comprarse un coche.

A falta de mayor contexto, podríamos entender la frase de dos maneras. La primera sería la literal: alguien se dirige de facto a un concesionario a comprarse un coche. La segunda sería la metafórica, en la que alguien planea comprarse un coche en un plazo de tiempo más o menos breve. Independientemente de la lectura que se haga del ejemplo anterior, en ambos casos el significado se establece a partir de los mismos actantes significativos: la idea de desplazamiento hacia una acción por comenzar, el tiempo *in posse* de Gillaume. Que ese desplazamiento sea literal en el espacio, o metafórico en el espacio-tiempo, es secundario a efectos del material lingüístico empleado para generar significado. Es la inferencia pragmática la que nos ayudará a decidir entre una u otra interpretación, entre lo literal y lo metafórico. Lo mismo puede decirse de otras muchas perífrasis:

Está viviendo *un problema económico.*
Tiene que arreglar *papeles.*
Va llevándolo *con mano izquierda.*
Esto viene *a significar «amor», más o menos.*
Ya les ***han dicho*** *lo que hay.*

Con un criterio que tampoco es siempre claro, tradicionalmente se han incluido, dentro del inventario de tiempos verbales del español, las formas compuestas con *haber* más participio, y no otras (como por ejemplo, las formadas por *estar* más gerundio). Tal vez habría alguna justificación para incluir ambas construcciones (Real Espinosa, 2005), aunque teniendo en cuenta su base significativa eminentemente metafórica, tal vez sería lo más adecuado incluirlas dentro del inventario del resto de perífrasis verbales. En cualquier caso, cualquier objeto, lingüístico o de cualquier otra naturaleza, puede ser clasificado teniendo en cuenta diferentes criterios, por lo que no parece que, entre los cometidos de la lingüística, esté el de inventariar el que merezca mayores debates. Lo que resulta claro es que la formación de la secuencia *han dicho* responde al valor metafórico de la expre-

sión, que puede cifrarse en la idea de *poseer una acción completa*. En este caso, *ellos* (el sujeto de la oración), *poseen las palabras dichas* por otros. Hay que tener en cuenta que este tipo de perífrasis hunde sus raíces en el propio latín, aunque no sería hasta finales del latín vulgar o comienzos del latín gótico (siglos V-VI) cuando estas acaparasen la expresión del aspecto perfectivo (Cano, 1998:165), si bien una datación tan tardía haría difícil explicar su presencia en diversas variedades romances. En cualquier caso, lo que queda claro es que el valor metafórico original no se percibe en español moderno con la misma intensidad con la que se puede percibir el valor de otras expresiones perifrásticas. También cuando se aprenden lenguas extranjeras, sobre todo durante la infancia, se siente una notable perplejidad ante la traducción literal de las expresiones de la L2 a la L1. Ello se debe a que nos encontramos, con frecuencia, ante metáforas muy crudas para el oído de quien no está acostumbrado a ellas; lo mismo ocurre cuando se reflexiona acerca del sentido literal de expresiones muy cotidianas, como las construidas mediante *haber* más participio.

Las otras expresiones que veíamos en la anterior secuencia de ejemplos son igualmente metafóricas. Veamos cómo han sido constituidas:

«Está viviendo un problema económico» obtiene su significado a partir de la imagen metafórica de estar dentro de una acción en proceso, en este caso vivir algo. *«Tiene que arreglar papeles»* recibe su significado de la idea de poseer una acción por comenzar, y *«Va llevándolo con mano izquierda»* a su vez, cobra sentido a partir de la imagen de proceso-desplazamiento *ir*, más la noción de acción comenzada pero no terminada del gerundio. Por cierto, nótese que aquí también el verbo auxiliado tiene un empleo metafórico: no se lleva a nadie en sentido literal, de un lugar a otro, sino metafórico. Es decir, la metáfora no está instalada en el verbo auxiliado o en el auxiliar, sino en el conjunto de la perífrasis. Por último, es interesante el empleo de *venir a significar*. Es curiosa la noción de movimiento hacia el lugar en el que mentalmente se sitúa el hablante, mediante el empleo del verbo *venir*. En cualquier caso, no es nada nuevo el valor *aproximativo* de los elementos que significan una aproximación espacial:

*Eso **va** a ser del carburador.*
***Anda** por los cincuenta.*

En referencia a la solidaridad significativa de los elementos de la perífrasis, se puede observar cómo la oposición de *esto significa / esto viene a significar*, oposición de la declaración exacta frente a la aproximada, se expresa tanto por el valor de aproximación espacial primario de *venir,* como por el valor de potencialidad anejo al tiempo *in posse* del infinitivo.

Comenzábamos llamando la atención sobre lo sorprendente, en un principio, de que en un simposio dedicado a la poesía en lengua española se hable sobre cuestiones gramaticales, o aparentemente gramaticales. Como hemos visto, eso depende mucho del concepto de poesía, metáfora y gramática que manejemos. Siendo consecuentes con las bases de la poesía moderna, y con los avances en

lingüística, habría que convenir que, en realidad, la diferencia entre el lenguaje común de todos los días y el poético estriba en sus fines, pero no en sus medios, que, básicamente, son exactamente los mismos.

BIBLIOGRAFÍA

Alarcos Llorach, E. (1980). *Estudios de gramática funcional del español*. Madrid: Gredos.

Bello, A. (1847). *Gramática de la lengua castellana destinada al uso de los americanos. Notas de Rufino José Cuervo*. Madrid: Arco Libros.

Benito, A. (1992). *Gramática Práctica*. Madrid: EDAF.

Benveniste, E. (1966). «Les relations des temps dans le verbe français». En: *Problèmes de linguistique générale, Paris.*

Cano, R. (1998). *El español a través de los tiempos*. Madrid: Arco libros.

Castañeda Castro, A. (2004). «Potencial pedagógico de la *gramática cognitiva*. Pautas para la elaboración de una gramática pedagógica del español/LE». En: *Redele* n.º 0. Fecha de consulta 16.09.2007. Documento disponible en la web: <www.sgci.mec.es/redele/index.html> .

— (2004). «Gramática e imágenes. Ejemplos para el caso del español». En: *Mosaico* n.º 14. Fecha de consulta 02.10.2007. Documento disponible en la web: <http://www.mec.es/sgci/be/es/publicaciones/mosaico/mosaico 14>.

— (2006). «Perspectiva en las representaciones gramaticales. Aportaciones de la *gramática cognitiva* a la enseñanza del español/LE». En: *Boletín de ASELE,* pp. 11-32. Fecha de consulta 02.09.2007. Documento disponible en la web: <http://www.formespa.rediris.es/pdfs/asele34.pdf>.

Fauconnier, G. (1997). *Mappings in Thought and Language*. Cambridge: Cambridge University Press.

García Fernández, L. (1998). *El aspecto gramatical en la conjugación*. Madrid: Arco/Libros.

Guillaume, G. (1965). *Temps et verbe. Théorie des aspects, des modes et des temps.* París.

Hernández Alonso, C. (1984). *Gramática funcional del español.* Madrid: Gredos.

Lakoff, G., Johnson, M. (1991). *Metáforas de la vida cotidiana*. Madrid: Cátedra.

Lamíquiz, V. (1987). *Lengua española: método y estructuras lingüisticas*. Barcelona: Teide.

Langacker, R. W. *Foundations of Cognitive Grammar. Volume I: Theoretical Prerequisites*. Stanford: Stanford University Press.

Real Espinosa, J. M. (2005). «Tiempo y aspecto verbal: marco teórico para la clase de E/LE». En: *MarcoELE 1,* segundo semestre 2008, número 9. Fecha de consulta: 11.02.2009. Documento disponible en la web: <http://redalyc.uaemex.mx/src/inicio/ArtPdfRed.jsp?iCve=92100103>.

— (2009). «Gramática: La metáfora del espacio». En *MarcoELE 8,* segundo semestre 2008, número 9. Fecha de consulta: 20.01.2009. Documen-

to disponible en la web: <http://redalyc.uaemex.mx/src/inicio/ArtPdfRed.jsp?iCve=92112908007>.

ROJO, G. & VEIGA, A. (1999). «El tiempo verbal. Los tiempos simples». En: I. Bosque & V. Damonte (eds.), *Gramática descriptiva de la lengua española*. Madrid: Espasa Calpe.

RUIZ CAMPILLO, J. P. (2004). «La enseñanza significativa del sistema verbal: un modelo operativo». En: *RedELE,* marzo 2004, número 0. Fecha de consulta: 02.01.2005. Documento disponible en la web: <http://www.sgci.mec.es/redele/revista/castaneda.shtml>.

WEINRICH, H. (1968). *Estructura y función de los tiempos en el lenguaje*. Madrid.